

MARTÍN GARRIDO

*Las diez muertes de  
Francisco Franco*



# Berenice

www.editorialberenice.com  
@berenicelibros

© MARTÍN GARRIDO BARÓN, 2026  
© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2026

Primera edición: marzo de 2026

BERENICE • CONRAD  
Director de Berenice: JAVIER ORTEGA  
Maquetación de JAVIER DÍAZ

www.editorialberenice.com

Editorial Almuzara  
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4  
C/8, Nave L2, nº 3. 14005, Córdoba

ISBN: 979-13-87811-36-5  
Depósito Legal: CO-161-2026  
Imprime: LIBERDÚPLEX

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España/*Printed in Spain*

*Cada vez que se viene a la isla dorada y se contempla su progreso, se apercibe uno más de la eficacia del Movimiento Nacional, de la virtualidad que tiene la unidad de los hombres y las tierras de España, de la fecundidad que entraña tener una política de unidad, trabajo y amor entre los españoles. La unidad es tan necesaria en la guerra como en la paz. Podemos, por otra parte, afirmar que en el mundo apenas existe la paz. La vida es lucha, competencia y rivalidad, y el que se duerme, el que no se defiende, el que no trabaja, el que no se prepara para ese combate, sucumbe ante la marcha arrolladora que el mundo lleva.*

Francisco Franco  
Mallorca, 1960



# *Índice*

ATRIO .....	11
PRIMERA PARTE.	
CUATRO CUERPOS.....	33
SEGUNDA PARTE.	
AGOSTO ROJO .....	175
DERRIBO .....	497



# ATRIO





—¡Excelencia, han encontrado el cadáver de otra niña en Mallorca!

Las palabras resonaron en el despacho salpicado de alba sin obtener respuesta.

—Ya son cuatro —añadió la voz impersonal.

El adiposo rostro del Caudillo no se inmutó. Teñida por la luz púrpura del nuevo día, en contraste con las cornucopias y los severos tapices, la figura del amo del cortijo parecía fabricada con la misma caoba del lujoso mobiliario.

—Dejadme solo —susurró Francisco Franco Bahamonde.

Si aquella mañana hubiese estado en otro lugar y no firmando penas de muerte en la antigua sala de recibir de Carlos III con una taza de humeante café en la mano, pongamos por caso un parque o una lúgubre taberna de barriada, menos galones y más frustración centelleando en la inexpresiva mirada bovina, cualquier persona podría haberlo confundido fácilmente con un paria de biografía solanesca, tirando a esa España profunda que el Generalísimo y compañía habían hecho temblar con sus truenos en el pasado.

Era evidente que no había dormido bien, tenía los ojos enrojecidos por el duermevela y la mente dispersa. El malestar se adivinaba en su actitud sombría y el frunce angustiado de la boca, incluso en la forma que tenía de estampar su rúbrica en los expedientes que había sobre la mesa. Los nombres de los desgraciados que serían ajusticiados bajo el yugo de su ley no tenían la más mínima importancia, las ejecuciones que ordenaba eran, como él mismo decía a sus íntimos, cosa de trámite, nada que ver con los disparates que había extendido la propaganda franquista presentándolo al mundo como un hombre clemente que pasaba las noches en vela, atormentado por la pobre gente que mataba en nombre de su amada patria.

En España seguían sobrando rojos y masones con graves delitos de sangre contra militares y eclesiásticos, razón de más para que su pulso no hubiese perdido firmeza a la hora de aprobar las ejecuciones cuya noticia se publicaba en la prensa sin adornos. La impasibilidad de Franco había traspasado fronteras y se contaban jugosas anécdotas sobre él dentro y fuera de España, algunas más veraces que otras, aunque todas con el denominador común de aquella proverbial frialdad que tanto daba que hablar y aventaba los ríos de tinta que se vertían sobre su nombre. En una ocasión, sin ir más lejos, había estado horas escuchando los ruegos de la esposa de un militar que había sido condenado y ejecutado sin que ella se hubiese enterado. Después de que se le saltaran un par de lágrimas y diese por finalizada la audiencia, el dictador se secó las mejillas y dejó escapar un suspiro. «Pobre, no sabe que ya es viuda», fue lo que dijo al verla salir por la puerta.

Otra anécdota que reflejaba a la perfección la naturaleza de su carácter pintaba una tarde en la que, cansado de que algunos oficiales le suplicaran que indultara a un compañero de la academia militar condenado a muerte, preguntó qué hora era con el propósito de adelantar la ejecución y así zanjar el asunto sin más dilaciones. Respecto a sus hábitos en el momento de dar el visto bueno, si estaba de acuerdo con el veredicto escribía una *E* de color rojo con su lápiz Faber. En el caso de querer conmutar la pena por otra inferior, trazaba una *C* azul con el otro lado del lápiz. A menudo, en el borde del papel, escribía su famoso *Garrote y Prensa*. Cuando el capellán de El Pardo, un confesor espiritual de origen catalán llamado José María Bulart, lo veía sepultado entre expedientes, paladeando su chocolate con picatostes o cualquier chuchería pasada de calorías, hacía escarnio de sus anotaciones con pullas que el Caudillo intentaba ignorar. «¿E de enterado o enterrado?».

La ideología del condenado era un factor fundamental en la toma de decisiones, ya que, a diferencia de la urticaria que le provocaban masones y comunistas, el dictador profesaba simpatía a los anarquistas. En la Legión había tenido oportunidad de tratarlos y, pese a que su ideología no era la correcta, los consideraba buenos españoles y admiraba su desapego al milagro de vivir, una cuali-

dad importante para un hombre que ratificaba penas de muerte sin sentir ni padecer, libre de odio o rencor y plenamente convencido de que la muerte purificaba a los ejecutados del mal que había germinado en su interior.

A comienzos de los años sesenta el Generalísimo no tenía una vida interesante. Después de dirigir secciones, compañías, batallones, regimientos y regiones enteras, arrasada la nación por un conflicto armado que difícilmente podría borrarse de la memoria colectiva, se había instalado en la capital asediada para repetir rutinas que no le atraían en absoluto. A Franco no le interesaban los vicios y menos aún la riqueza que atesoraba y que tantas envidias despertaba entre sus aburridos compañeros de milicia, la mayoría de ellos más viejos que él y con graduación inferior a la suya. No tenía demasiados amigos, en la cima del mundo no existe mejor refugio que la soledad, y huía de los compromisos siempre que podía permitírselo. Había instalado su oficina en el palacio y procuraba celebrar los monótonos consejos de ministros sin tener que desplazarse. A pesar de ser el encargado de comenzar las reuniones con una exposición sobre temas a tener en cuenta después de recibir a los ministros y estrechar la mano de todos y cada uno de ellos, Franco se aburría soberanamente con las intervenciones de sus interlocutores y los problemas que la sabiduría adquirida tras años de dictadura le permitía solucionar de forma expeditiva.

Una de las pocas cosas que le divertían durante dichos consejos era la fama de su asombrosa vejiga. Franco nunca abandonaba su asiento para ir al servicio, o eso había hecho creer a sus hombres de confianza, ya que tenía un truco bien ensayado con un suboficial al que apostaba tras una cortina o paramento desde el que podía verle en todo momento. Así, a su señal, cuando el jefe del Estado se tocaba una oreja, la nariz o la calva, el suboficial interrumpía la sesión para susurrarle algo al oído. Dando una pequeña sacudida, se ponía en pie y salía de la sala con la excusa de que debía atender una llamada de vital importancia para la nación, o, lo que en este caso es lo mismo, orinar de forma clandestina.

Durante los primeros años de mandato, algunos de esos consejos se prolongaban hasta la madrugada, aunque con el tiempo se

habían agilizado gracias a las nuevas generaciones de ministros, que eran más concisos y poseían una oratoria adecuada a los gustos del Caudillo. Si necesitaban alargar las reuniones más de lo previsto, interrumpían los diálogos a las dos y cuarto del mediodía para que el maestro de ceremonias pudiera comer en familia. Más tarde, a las cinco en punto, el Generalísimo volvía a encontrarse con sus colaboradores y, en el caso de que estos tuvieran que permanecer en El Pardo hasta horas intempestivas, al cabo de un rato volvían a hacer una pausa para degustar una cena fría de pie.

Los rituales se repetían hacía tanto que, a veces, Franco tenía la impresión de estar atrapado dentro de un sueño cíclico que consumía su ser sin que pudiera hacer nada para salvarse de la podredumbre. Las audiencias, ya fueran civiles o militares, le extenuaban y hacían confundir algunas caras y las voces que enturbiaban su mente cuando apretaba la melancolía. No le dejaban tranquilo, entraban y salían de su despacho trajinando con documentos que repasaba despacio antes de despedir al ministro de turno y verlo salir por la puerta blindada cuya llave estaba en poder del ayudante de servicio que anunciaba el nombre de las personas que esperaban a todas horas para cuadrarse ante él con una sonrisa reverencial. Tenía una vida complicada y, pasada la década de los cincuenta, pese a su buena forma física y su salud de hierro, había breves períodos en los que no se sentía a gusto en la posición de mandamás. Gracias a Dios tenía el apoyo del pueblo, o como mínimo de la caterva que le aclamaba amorosamente cuando se desplazaba fuera de Madrid para sus menesteres habituales, porque de lo contrario más le habría valido emplear su tiempo en entretenerse con *hobbies* que no exigían responsabilidad ni robaban horas de sueño.

Si se encontraba mal, apocado o con la mente saturada por informaciones de diversas índoles, recordaba cómo coreaban su nombre en las calles, las pancartas que exhibían un amor incondicional a su persona o las emocionantes palabras que Ernesto Giménez Caballero, brillante prosista de la generación del 27 e ideólogo fascista, había escrito sobre él. «Nosotros hemos visto caer lágrimas de Franco sobre el cuerpo de esta madre, de esta mujer, de esta hija suya que es España, mientras en las manos le corría la sangre y el dolor

del sacro cuerpo en estertores. ¿Quién se ha metido en las entrañas de España como Franco, hasta el punto de no saber ya si Franco es España o España es Franco? ¡Oh, Franco, Caudillo nuestro, padre de España! ¡Adelante! ¡Atrás, canallas y sabandijas del mundo!».

A pesar de ser medianamente consciente de los odios que suscitaba y de la faraónica farsa con la que el Régimen le había mitificado desvergonzadamente, de vez en cuando Franco necesitaba mentirse a sí mismo viéndose como un emperador invencible con capacidad para adaptarse a cualquier situación. A partir de 1956 su gobierno había vivido cambios significativos y algunos de los personajes más relevantes de su entorno habían sido sustituidos por caras nuevas que le ayudaban a enfocar algunas cuestiones importantes de una forma innovadora, más refinada y acorde con los tiempos modernos, mejorando así la imagen de España y del Régimen de cara al mundo. Influenciado por su reaccionaria mentalidad y sus instintos de soldado, seguía convencido de que la auténtica democracia, esa insobornable doctrina política que debería engrandecer los reinos y anteponer el pueblo a cualquier riqueza, era una ruina de divisiones, odio y miserias. «Sin autoridad es imposible lograr el progreso», había repetido en infinidad de ocasiones. «El paraíso soviético del que hablan los comunistas es un disparate, yo mismo lo he comprobado luchando contra ellos y levantando España gracias a la confianza de un pueblo entregado a la paz y el trabajo. Basta con dar un paseo por algunas ciudades de nuestro gran país para comprobar que cada día hay más motocicletas y Seiscientos en las calles».

El jefe del Estado estaba tan convencido de su labor que tenía excusas incluso para un hecho tan patético como la emigración, algo que afrontaba con buenas perspectivas y la infundada esperanza de que un trabajador español en el extranjero podía ahorrar y, a su regreso después de diez o quince años, comprar un pisito o abrir un pequeño negocio. Sin embargo, no siempre se encontraba a gusto en las dependencias de El Pardo, donde el tiempo pasaba lentamente en contrapunto con el inexorable crecimiento de sus arrugas y unas sombras bajo los ojos que, por una causa que escapaba de su entendimiento, no conseguía apreciar en los rostros de sus hermanos cuando tenía oportunidad de verlos.

Después de cesar a Nicolás Franco de su puesto en la embajada de Lisboa en enero de 1958 y sentarse frente a él para volver a explicarle en persona lo que ya le había comunicado con anterioridad por valija diplomática, le había sorprendido la buena cara que hacía, sus joviales gestos y aquella felicidad que su hermano había compartido con don Juan de Borbón en Estoril mientras brindaban con un whisky de primera y charlaban sobre mujeres y pesca. «El whisky que el conde de Barcelona bebe conmigo no se lo bebe con los que conspiran contra ti, Paco», le había asegurado su hermano. «Y en lo que se refiere a la embajada de Lisboa... ¿Qué quieres que te diga? España se está industrializando mucho y a mí me interesan los negocios industriales. Recuerda, Paco, no hay mal que por bien no venga».

Lo que no le había dicho Nicolás Franco al Caudillo era que añoraría algunos de los privilegios que disfrutaba en Portugal, privilegios como llegar tarde al aeropuerto de Sintra, donde el avión, con el pasaje lleno, le esperaba el tiempo que hiciera falta para dejarle entrar directamente por la cabina de los pilotos. Las normas de puntualidad no se habían inventado para aquel miembro de los excelsos Franco Bahamonde, quien en diversas ocasiones, blandiendo el título de piloto que había conseguido en una escuela francesa para pasar el rato, además de haber trasnochado y no estar en condiciones ni para conducir un coche, tenía el buen humor y la valentía de tripular el avión de Iberia durante parte del trayecto.

Sin poder quitarse de la cabeza los seráficos rostros de las niñas asesinadas, el dictador se preguntó qué habrían hecho sus hermanos en su lugar. Pensaba en Nicolás y en Ramón, que había muerto tiempo atrás a causa de un grave accidente en aguas mediterráneas, porque Pilar Franco era harina de otro costal y cada día le costaba más entenderse con ella. Había intentado evadirse del drama moral al que se enfrentaba pensando en las gloriosas gestas del pasado, aquellas guerras que lo habían encumbrado mientras hacía morder el polvo al enemigo, pero las niñas empañaban las bellas instantáneas de muerte y desolación que le deleitaban en horas bajas y no sabía cómo debía actuar.

—Ya son cuatro —dijo de repente con su peculiar timbre aflautado.

Después de enfrentarse a media España, destrozarse el territorio y salir victorioso con humos de Cid Campeador, le costaba entender cómo un criminal anónimo podía distraerle en las postrimerías de su histórico triunfo.

—Tienes que hacer algo, Paco —le decía Carmen Polo por las noches, antes de acostarse—. Acaba con esto antes de que sea demasiado tarde. España no merece semejante horror.

La noche anterior había vuelto a percibir el espectro en el que corporeizaba los atroces crímenes que sacudían la opinión pública del país. Unas chiquillas habían sido brutalmente mutiladas por el desalmado que había puesto en jaque a las fuerzas del orden y amenazaba con menoscabar su leyenda. El Caudillo era la máxima autoridad del país, él mismo se había dedicado con ahínco a adornar sus hazañas de cara al aforo, y los españoles no podían verle flaquear. Los puños de acero con los que gobernaba tenían que poder aplastar a aquella sombra que le perseguía en sueños y cortaba el apetito desde la aparición del tercer cadáver. Confiaban en él, tanto el pueblo como la Iglesia estaban rendidos a sus pies, y debía colocarse a la altura de las circunstancias. Nadie tenía más responsabilidades en España que el Generalísimo.

—¿No vas a cenar? —le había preguntado su esposa viendo que el caldo de pollo y la ensalada estaban intactos.

—No tengo hambre.

Podría haber culpado de los crímenes a los masones o los insurrectos que sobrevivían en las cloacas del Régimen, por no hablar de cuatro terroristas que pronto gozarían de la caricia del garrote, aunque en este caso sabía que los adversarios visibles de la dictadura, las armas o la burocracia que tanto detestaba, no servirían para disfrazar una realidad más humana que política.

—El responsable de todo esto no tiene intereses políticos, patria o bandera —había intentado explicarle a la mujer más tarde, cómodamente recostado en los almohadones de la cama que también servía de confesionario—. No es enemigo de España.

—Entonces ¿por qué lo hace? —Carmen Polo aguardaba inquieta, menuda e insignificante en el camisón que parecía flotar sobre su huesudo cuerpo.

—Hay personas que quieren ver el mundo en llamas.

Franco recordaba con nitidez cómo había recibido la noticia del primer asesinato, estando rodeado de ministros en los que no creía y a los que cedía espacio para ahorrarse quebraderos de cabeza. En un primer momento no había reaccionado, antes de manifestar su opinión o dar una orden al respecto tenía que asimilar el delito, ponerle cara y fiarse de su instinto. Él era un hombre que confiaba más en lo que se callaba que en lo que se decía, y por esa razón había guardado silencio cautamente mientras Adolf Hitler aplastaba una parte de Europa con su bota, esperando en todo momento que el tiempo le diese la razón por las veces que lo había tildado de loco en secreto.

Había analizado las informaciones de las que disponían, un primer crimen sin motivo aparente y de una morbilidad extrema, con la esperanza de que se tratara de un hecho aislado y la tragedia no fuese a más. Unas horas después, en la inexpugnable cueva de su intimidad, se había arrodillado sobre el mullido cojín rojo del reclinatorio para rezarle al Cristo que escuchaba sus plegarias por el alma de aquella chiquilla. A la mañana siguiente había despertado sin sobresaltos, le habían afeitado y había desayunado tranquilo, como si hubiese olvidado a la niña por completo. Sin embargo, la imagen del cuerpo hallado en una barquita de los arrabales de Palma de Mallorca no se había borrado de sus retinas.

—Que investiguen el asesinato y manden informes de cualquier novedad —había ordenado al sentarse a la mesa donde se apilaban los aburridos expedientes cuyo contenido ya no diferenciaba—. Quiero al culpable en el garrote en menos de un mes.

—¡Así se hará, excelencia!

Antes de que se cumpliera su deseo, concretamente unos días más adelante, había aparecido una segunda víctima, otra pequeña de doce años a la que habían dibujado una terrorífica sonrisa en el rostro con una navaja. La niña había sido encontrada en una apesotosa piara llena de cerdos a mediados de agosto, un ángel al que habían arrancado las orejas, sonrisa sangrienta y ojos vacíos entre pezuñas y hocicos.

En ese momento Franco había empezado a preocuparse. Él era un hombre táctico, nunca había necesitado estrategias napoleóni-



cas ni pogromos internacionales, y no soportaba que algo escapase de su control. España y Dios lo habían elegido, cruz y espada unidas para la eternidad, y no podía fallar en su sagrado cometido. Había tomado cartas en el asunto, contactado con los responsables de la jefatura policial de Palma de Mallorca e informado al detalle de las investigaciones. Los mejores agentes de las Baleares estaban removiendo cielo y tierra para dar con el culpable y ponerlo en manos del Estado. Las pesquisas eran correctas, había profesionales escarbando en el barro, pistas fiables y varios sospechosos a los que indudablemente habría que sacarles las confesiones a golpes, cuando de repente, en una cueva, habían hallado el cadáver de la tercera niña.

—¡Por Dios, Paco! —se había exasperado Carmen Polo al enterarse de la fatídica noticia—. ¿Quieres que me dé un infarto?

—¡Como si yo tuviera la culpa, mujer!

Carmen Polo provenía de una familia noble del Principado de Asturias y había cursado sus estudios en colegios de monjas ursulinas y salesianas, además de estar al cargo de una institutriz francesa. No tenía una gran educación, ya que lo religioso privaba sobre lo académico. La falta de cultura aumentaba la fascinación que le profesaba a la alta sociedad y las repelentes costumbres que había heredado de su padre, enemigo acérrimo de Franco hasta que intuyó que el «comandantín» podía llegar más lejos de lo que nadie imaginaba.

La pareja, que era gris, insípida, muy burguesa, había contraído matrimonio con la intención de fundar un hogar cristiano donde rezar el rosario en familia y practicar ejercicios espirituales todas las cuaresmas. Entre Francisco Franco y Carmen Polo no había arrumacos ni salidas de tono, ambos eran tradicionales y virtuosos, una pareja modélica que nunca se separaba. El Caudillo, como buen español, permitía que su esposa mandara en la intimidad y le liberara de tentaciones acompañándole en sus viajes sin soltar la reliquia de la mano incorrupta de Santa Teresa de Ávila que las tropas rebeldes habían encontrado dentro de una maleta en el hotel de Málaga donde los republicanos habían instalado su cuartel general antes de que una columna nacional y otra italiana barrieran sus posiciones durante la guerra, a mediados de enero de 1936. Aquel

relicario de plata dorada con incrustaciones de piedras preciosas, que había sido requisado por algún pillo del Frente Popular en el convento de las Carmelitas Descalzas de Ronda, permanecería cerca del Generalísimo hasta el final de su vida.

No era ningún secreto que la Señora se rodeaba de amigas poco agraciadas, mujeres sin atractivo físico y con la misma sensualidad que el cadáver agusanado de una yegua. Carmen Polo, igual que su excelentísimo esposo, era una mujer fría y calculadora con tanta soberbia que había días en los que, como decía el primo y secretario de Franco, «no se aguanta a sí misma». Además de la férrea disciplina que mantenía cohibido y silencioso al Caudillo en su presencia, y pese a que no habría podido gastar todo el dinero del que disponía por mucho empeño que hubiera puesto en dilapidar su fortuna, Carmen Polo era de la cofradía del puño cerrado, siempre preocupada por la peseta, un sinsentido para el Generalísimo, que a veces se quedaba mirando pensativo los incómodos zapatos de Segarra que el fabricante les regalaba a montones y que su esposa le hacía llevar sin dar lugar a la discusión, preguntándose por qué aquella mujer de traza caballuna estaría tan obsesionada con los ahorros. De una forma u otra, él también era austero, a excepción de algunos caprichos nimios, como la sobrasada de Mallorca o el *foie-gras*, no solía salirse del menú habitual que componían el cocido, el sopicaldo, el arroz, los filetes empanados y el escabeche de atún.

A pesar de que en El Pardo había muchas obras de arte, en sus estancias podían encontrarse prodigios de Francisco de Goya, Tiziano Vecellio o Alonso González de Berruguete, sin contar a tantos otros, la existencia entre genialidades de semejante magnitud se antojaba agobiante, llena de claroscuros relacionados con el subconsciente y el milenarismo tormento de almas con las que Franco no quería tener nada en común. La cotidianidad de sus días se desarrollaba junto al patio de armas del palacio, en la planta baja, y la capilla en la que rezaban el rosario. La encargada de redecorar el palacio con obras expoliadas y mobiliario que había mandado a restaurar fue Carmen Polo. El cálido refugio familiar que habían logrado crear en la parte menos fastuosa de El Pardo, donde la privacidad permitía que Franco abandonara momentáneamente su papel de dictador

para relajarse y disfrutar de su familia como si fuese un ciudadano del montón, era una fortaleza a la que muy pocos tenían acceso. Los almuerzos transcurrían prácticamente en silencio, incluso cuando había invitados, ya que el Generalísimo, además de ser un soldado parco en palabras, dedicaba ese descanso a pensar en sus cosas mientras mordisqueaba palillos que dejaba encima de la mesa partidos.

Francisco Franco había conocido a Carmen Polo en el verano de 1917, en una romería organizada por uno de sus alumnos de Oviedo. En aquellos tiempos de tonalidades amarillas la futura Señora de España tenía quince años y era poca cosa pese a sus grandes dientes y la promesa de gruesas caderas para los años venideros. El Caudillo seguía sin olvidar cuánto le había aterrorizado la idea de sacar a bailar a la que sería su futura esposa mientras merendaban y charlaban animadamente bajo una carpa. Sus complejos no le permitían hacerlo porque, igual que otras chicas por las que había mostrado un lacónico interés, su nueva amistad casi le sacaba una cabeza de altura. El amor no había sido instantáneo, aunque entre ellos nació un interés mutuo que sirvió para concertar más citas en cafés e iglesias en las que rezaban devotamente.

Franco amaba a Carmen Polo con el mismo fervor que veneraba al país que había limpiado con la unción de un santo dispuesto a todos los sacrificios, y por eso sufría al verla tan angustiada por el caso de las niñas. Su esposa, igual que él mismo, quería que España siguiera como una patena, reluciente para gloria de Dios.

—Parece ser que los agentes encargados del caso están haciendo progresos —le habían asegurado sus hombres de confianza a propósito de los crímenes.

—Eso mismo escucho cada día.

—Excelencia...

—¡Ni excelencia ni leches! —había gritado el Generalísimo con tanta energía que sus palabras retumbaron en las dependencias de El Pardo como el estallido de un obús, ese sonido tan familiar y añorado—. ¡Que pongan la isla patas arriba! ¡Moved al ejército, si es necesario! ¡Pero que encuentren a los culpables y les den garrote!

Franco recordaba como si hubiese sido ayer el doce de febrero de 1933, cuando Manuel Azaña, punta de lanza del Gobierno de la

Segunda República, firmó su nombramiento como jefe de la Comandancia Militar de Baleares. Un mes más tarde, acompañado por su familia y su ayudante, el primo hermano y tocayo al que todos llamaban Pacón, el futuro Caudillo de España llegó en el barco correo de Valencia y fue conducido al palacio de La Almudaina, que sería su lugar de mando y residencia. Franco nunca había dudado de las perversas intenciones de Manuel Azaña, que con el nuevo mandato pretendía mantenerlo alejado de posibles conspiraciones, aunque su cautelosa personalidad le permitió disfrutar potenciando la defensa militar de las islas, posible objetivo estratégico de Benito Mussolini, cuyas ínfulas imperialistas preocupaban a más de un gobierno. Junto a su primo, recorrió las islas en coche y a caballo, inspeccionando los terrenos más escarpados y calculando hipotéticos ataques enemigos en el abrupto y hermoso litoral.

El Generalísimo tenía un recuerdo agrisado de aquellos días, porque, pese a sus ventajas, el nombramiento del jefe del Gobierno se le había antojado como un oprobio a su figura. La vida tranquila de las islas le permitió practicar algunas de sus aficiones favoritas, montar a caballo y cazar, aunque durante aquella estancia murió su madre y padeció secuelas de la herida en el vientre que había recibido tantos años atrás en Marruecos, hechos desagradables que solo servían para recordarle que su vida no era un camino de rosas.

Joan March, que precisamente era oriundo de Mallorca, había financiado el traslado del Caudillo de Canarias a Marruecos y el armamento que necesitaban los rebeldes para dar el pistoletazo de salida a la guerra que Franco había ganado con honores. El pirata más famoso del Mediterráneo, ese banquero *xueta* sin escrúpulos que tanto había medrado gracias a los nazis que lo consideraban un sinvergüenza pese a haber necesitado sus servicios, había sido uno de los grandes triunfadores dentro del marco de la guerra patria. Lo más gracioso de la historia, al menos para él, era que los alemanes no habían sospechado en ningún momento que Joan March vendía información sobre sus actividades a los ingleses. De no ser por March, quien, además de haberse declarado incondicional del nazismo, había tenido que huir de España después de ser encarcelado con la República, el ejército rebelde habría pasado algunas

penurias más de la cuenta camino al triunfo. «O la República acaba con March, o March acabará con la República», eso habían dicho en su día, aunque muchos pensaban que sin Franco el contrabandista mallorquín habría seguido siendo una rata ambiciosa sin reparos en acumular oro manchado de sangre en aras de su inmensa fortuna.

A diferencia de aquel retorcido judío al que nunca había tenido simpatía, Franco se veía a sí mismo como un idealista incorruptible y un salvador. Si España había ardidado durante la guerra era por necesidad, no por su capricho o frustración. Dios le había elegido y no se había separado de él en ningún momento desde que aceptara la misión de salvaguardar la patria. El Caudillo podía sentir el hálito divino más allá de los papas, obispos, presbíteros o clerizontes que pululaban a su alrededor batiendo los brazos como si quisieran levantar el vuelo para reunirse con su Padre en el venturoso reino de los cielos, y por esa razón, después de los asesinatos de las crías, se preguntaba si el Sumo Hacedor estaría poniéndole a prueba una vez más. A pesar de que era una cuestión sencilla, no sabía cuál era la respuesta correcta. Por primera vez desde que se había erigido en el poder, tenía miedo.

Qué lejos parecía quedar el Desfile de la Victoria del 19 de mayo de 1939, cuando todos eran conscientes de que no existía fuerza que pudiera arrebatarse el mando del país y ante su tribuna presidencial, justo enfrente del cuartel general del Ejército, desfilaban ordenadamente un sinnúmero de tanques, vehículos blindados y tractores oruga que arrastraban grandes y relucientes cañones. El diario *Ya* había calificado el evento como «el acontecimiento más importante de la historia de España. Acabaron los días fáciles y frívolos en que solo se vivía para el presente». Lo recordaba como si hubiese tenido lugar unas pocas semanas antes del primer homicidio del caso de las niñas y podía verse nítidamente presidiendo el elevado podio de cartón piedra que imitaba el granito, las banderas del país, de la Falange, del Requeté, de la Italia fascista y la Alemania nazi flanqueando el vitor. En su pecho colgaba la Gran Cruz Laureada de San Fernando después de que el general Varela, con toda la pomposidad que requería la ocasión, se la impusiera obviando el detalle de que dicha placa solo puede recibirse de un superior,

cuando en España no existía graduación militar superior a la que ostentaba Franco. Curiosamente, la cruz era un préstamo del general Mariana, ya que, con todo el trabajo que suponía levantar un país reducido a escombros, los atareados súbditos del Generalísimo habían olvidado encargar la noble distinción al joyero habitual. Los espectadores, locos de júbilo, aplaudían sin descanso a pesar de los nubarrones y las cuatro gotas que cayeron como si el mismísimo Dios apadrinara al jefe del Estado con un simbólico bautismo que se prolongaría hasta el día siguiente, cuando diecinueve obispos, los ministros del Gobierno, embajadores, generales y otras dinámicas jerarquías, asistirían a la consagración de Franco en la iglesia de Santa Bárbara. «Señor, acepta complacido la ofrenda de este pueblo que, conmigo y por tu nombre, ha vencido con heroísmo a los enemigos de la Verdad, que están ciegos...». Había sido una casposa ceremonia medieval en la que el flamante dictador se vio ascendido a juez bíblico con el rostro cubierto de lágrimas de alegría.

Por nítida que se le presentara la remembranza, había llovido mucho desde entonces y la única realidad era que el pueblo seguía con avidez el caso de las muchachas asesinadas a través de la prensa y la televisión y empezaba a dudar de la eficacia de sus protectores. Después de acabar con políticos, intelectuales, soldados y poetas, de encerrar a miles de personas y torturar a otras tantas, amén de haber ganado la encarnizada contienda, Franco estaba desesperado. Él era España y reconocía la simbiosis con la tierra que sentía palpitando a sus pies y dentro de él, más patriotismo que víscera, más ardor de combate que hueso, y veía a ese criminal sin identidad como un cáncer que podía acabar con la obra de su vida.

Nunca habría imaginado que, teniendo una cohorte de hombres y mujeres a su servicio, desplazándose en Rolls-Royce y codeándose con la flor y nata de la sociedad, se vería envuelto en dilemas transcendentales. Al fin y al cabo, él había cumplido su cometido y deseaba disfrutar la abundancia con la que Dios le había recompensado. Un hombre de su edad, con su biografía y sus méritos bélicos, debería estar rodeado de caballeros competentes que mantuvieran saneada la magnífica empresa que representaba España de cara al resto del mundo. Había dado sus mejores años por la patria y ahora

necesitaba reposo, ocupar el tiempo en cazar, navegar y pintar, sus pasatiempos predilectos.

El sector público del país era la envidia de otros gobiernos gracias a él, que había impulsado la industrialización construyendo fábricas de aluminio y nitratos, siderurgias, astilleros, industrias químicas, refinerías y fábricas de camiones y automóviles. Gracias a él, o así lo dictaba el franquismo ignorando antiguos programas republicanos que había copiado sin miramientos, los ferrocarriles habían sido nacionalizados, igual que las minas y el transporte aéreo, y se habían impulsado grandes obras públicas. La construcción de centrales térmicas y pantanos había servido para dar de comer a un sinnúmero de familias permitiendo un mayor control de los salarios y la creación de una organización sindical que...

—Déjalo, Paco —murmuró la mañana que le notificaron el hallazgo del cuarto cadáver—. Eres un fracasado.

Por mucho que quisiera pavonearse frente al espejo de su espíritu, en sus horas bajas el Generalísimo se retrotraía en el tiempo y volvía a ser Franquito, ese mequetrefe de la Academia de Infantería de Toledo que soñaba con llegar a ser uno de los oficiales de Marina que en su tierra eran admirados como miembros de una casta aristocrática. Franquito, un vulgar hombrecillo con más nervio que fuerza, no fue uno de los primeros de la clase. Inhibido por su voz y su físico, el joven Francisco Franco no consiguió el respeto que anhelaba hasta que, harto de novatadas, estampó una lámpara en la cabeza de uno de los compañeros que le gastaban una broma detrás de otra. A pesar de su ideología, su carácter bizarro y su marcado desprecio por la vida, Franco no era un hombre condescendiente.

La enfermiza timidez de aquel inseguro y receloso estudiante menospreciado por sus coetáneos cambiaría completamente en campaña, cuando Franquito empezó a ser el implacable Franco, un militar reglamentista y cruel que, a diferencia de otros oficiales africanistas, no perdía el tiempo con putas, alcohol y naipes. Sus compañeros tenían la sangre muy caliente y no dudaban cuando tocaba coger las armas y tirarse al ruedo, aunque Franco pertenecía a una raza distinta, él había sido bendecido por la providencia con un olfato bélico que le serviría para llamar la atención de la

alta oficialidad y una buena estrella que veteranos como José Millán Astray, Gonzalo Queipo de Llano o José Sanjurjo no habían dudado en alabar.

«Pero esa es otra historia», pensó el Caudillo poniéndose en pie. «Coger la paleta y los pinceles me ayudaría a despejarme, eso seguro, aunque no tengo ánimos para nada».

—Hace un día precioso para pintar al aire libre, ¿verdad?

Era la voz de Carmen Polo, que había entrado sigilosamente en la sala sorprendiendo a su marido en pose de pintor, la barbilla alzada y un brazo estirado, dirigiendo el pincel imaginario de su mente. Conocía tan bien a aquel hombre que había ocasiones en las que tenía la impresión de hablar por él o ser capaz de leerle el pensamiento.

—Pintar no es una opción —susurró Franco con una vocecilla que parecía el chirrido de un gozne mal engrasado.

Atrás quedaban los sueños del canijo cadete que había ascendido a fuerza de sacrificio, las carnicerías de Marruecos y sus prestigiosas distinciones, porque ya no tenía el toque divino, esa *baraka* que le atribuían los asombrados árabes que luchaban a sus órdenes cuando le veían subido a un caballo blanco en plena batalla, avanzando briosamente sin temer los torrentes del fuego enemigo. Además de un fracasado, ahora también era un hombre sin suerte.

—¿Por qué no pedimos que preparen el Azor y vamos a pasar unos días a la costa? —sugirió Carmen, apoyando una cálida mano en su espalda—. El mar te tranquiliza.

—No estoy nervioso, Carmen —el dictador se apartó con un discreto aspaviento.

—Sé que las niñas también te quitan el sueño.

Franco estuvo a punto de decir algo, negar la evidencia con su insondable parsimonia, aunque tenía dudas acerca de sus emociones. Por extraño que pudiera parecer, se sentía igual que si se encontrara al borde de la muerte después de ser herido en las lomas del pueblo de El Biutz. Desde el lejano junio de 1916, mientras se desvanecía con el vientre perforado por una bala, el que había tenido el honor de convertirse en el comandante más joven de España no había vuelto a tener esa sensación de vacío en el estómago, un suave



aguijoneo, mezcla de amargura e impotencia, que le hacía temblar como si se encontrase delante de un pelotón de fusilamiento.

Las imágenes de aquellas muchachas desfiguradas no le producían el mismo efecto que había experimentado atravesando trincheras llenas de muertos con las botas hundidas hasta los tobillos en sangre, porque lo que sentía imaginando sus cadáveres era algo más personal, como si fuesen sus hijas y alguien estuviese acuchillando España a través de sus delicadas figuras. Los muertos del campo de batalla o los ajusticiados de rigor, que para él tenían la misma cara y carecían de nombre, no pesaban en su conciencia. Franco no era hombre piadoso, pero tampoco se consideraba un asesino. Si había triunfado en el ejército y, más adelante, en el campo de batalla, era por la escasa importancia que le había dado a su propia existencia mientras cabalgaba hacia el despreciable enemigo cuya sangre alimentaría su mito, aunque nunca había matado a nadie que no se lo mereciera.

«Y esas niñas no merecían morir», pensó recordando la casa de su infancia, en la calle de la María, un hogar típico de El Ferrol, tres plantas con amplias galerías acristaladas y una buhardilla en la que trapisondeaba con sus hermanos, que eran cuatro hasta la desgraciada muerte de Mari Paz, Pacita, que había fallecido a consecuencia de unas fiebres incurables siendo un renacuajo. Después de ver la luz durante la madrugada del cuatro de diciembre de 1892, el hijo del contador de navío don Nicolás Franco y doña María del Pilar Baamonde, apellidado al que el dictador acabaría añadiendo una h para darle más bombo, fue bautizado en la parroquia militar de San Francisco. A pesar de haber regresado al lugar, el Generalísimo no recordaba nada del día que le dieron los nombres de Francisco, Paulino, Hermenegildo y Teódulo. La niñez había quedado muy atrás, el paso de cada nuevo día la emborronaba un poco más y, en ocasiones, al pensar en su madre se encontraba con un rostro borroso. Podía recordarla cosiendo en el salón, su mano manejando la aguja hábilmente mientras Nicolás, Ramón y Pilar correteaban por los pisos superiores fantaseando con aventuras a las que él no tenía acceso, pero algunas veces no podía distinguir sus ojos cansados o el rictus de sus labios, solo era la evanescencia de un maniquí sin personalidad.

Paquito había preferido la compañía de su madre antes que jugar con sus hermanos, escuchar sus historias sobre niños felices o simplemente observarla a medida que hojeaba el *ABC*, el *Blanco y Negro*, la *Estampa* o *El Correo Gallego* para informarse de la situación del país y su propia tierra. En ocasiones la acompañaba a la ermita del Chamorro para rendirle culto a su virgen preferida, cuya imagen, según contaban los ancianos del pueblo que la veneraba arrastrándose de rodillas montaña arriba, había aparecido tras una piedra por arte de magia para dar fe de una irrefutable divinidad.

La reconocida crueldad del dictador no le eximía del adolescente acomplejado por un violento padre alcohólico y la honda miseria que seguía llevando impregnada en el alma pese a todas las riquezas que había expoliado y la persecución de aquel séquito de pelotas que le habrían seguido lamiendo el culo aunque les hubiese cagado encima. En el fondo de su ser, donde atesoraba un paraíso perdido de pasiones y deseos innombrables, seguía quedando algo de aquel Franquito en el que nadie confiaba.

Francisco Franco, consagrado y celebrado líder de memorias sangrientas, no habría hecho nada por las niñas asesinadas en las islas Baleares, pero Franquito era diferente.

—Franquito tenía corazón —el hilo de su voz únicamente era audible para los fantasmas que habían empezado a agitarse frenéticamente en el interior del Generalísimo.

—¿Qué dices, Paco?

Con el rostro levemente iluminado, sin tanta sombra bajo los ojos ni ese desagradable rictus de asco en la boca, el dictador se dio la vuelta y miró un instante a su esposa.

—Ha llegado el momento de actuar, Carmen —dijo avanzando hacia la puerta con paso firme—. ¡Me voy a Mallorca!

Durante unos segundos, Carmen dio la impresión de no entender las palabras que su marido había pronunciado con una voz ligeramente más grave de lo habitual. Al mismo tiempo que Franco escapaba de la densa atmósfera que reinaba en aquel mausoleo de catadura burocrática, la mujer se colocó a contraluz delante de un gran ventanal, como si no deseara que su marido viera su expresión descompuesta y contrariada y esperase una explicación a las dispa-

ratadas ideas que su mente había proyectado antes de que pudiera darles forma con la razón y las palabras.

—¿Y para qué querías ir tú a...?

No pudo terminar la frase.



PRIMERA PARTE  
CUATRO CUERPOS



Cuando el comisario jefe llamó a su casa para anunciarle que habían hallado el cadáver destripado de una niña en el barrio de El Molinar, Ángel Roca no pasaba por uno de sus mejores momentos. Sentado en un sillón del salón de su casa en bata y zapatillas, barba de varios días bajo los almendrados ojos insomnes, el inspector intentaba poner la mente en blanco y no pensar en la tragedia que su mujer y él estaban viviendo desde que tomaron la decisión transcendental de ser padres. Unos meses después de concienzudos exámenes, los médicos les habían augurado un futuro luminoso a través de hermosas postales familiares, pero aun así, por mucho que lo intentasen, no lograban concebir un hijo que cumpliera las expectativas de un matrimonio que empezaba a antojarse fallido.

A pesar de que el teléfono había sonado repetidas veces desde hacía un cuarto de hora, Roca parecía sumido en un trance. No podía oír ni ver nada más allá del teatrillo que en su interior se desarrollaba mostrándole las escenas más importantes de sus cuarenta y nueve años de existencia. Su esposa Margarita estaba presente en algunas de ellas, sonriendo bajo el sol mientras correteaban entre las flores que rodeaban las cuatro casas del humilde barrio que los había visto nacer. También recordaba a sus padres, las figuras que en su memoria parecían fabricadas con cartón piedra, enjutos, macilentos e inmóviles en aquel mismo salón, mapas de sombras en el hogar que atufaba al *bollit* de su niñez.

A excepción del desastroso desembarco del comandante Alberto Bayo en las costas mallorquinas, la guerra en las islas había sido un juego de niños, pequeñas insurrecciones y exaltados con más ganas de llamar la atención que otra cosa, aunque vivir en un país destrozado por el odio entre hermanos apagaba el paisaje de los rostros y

las almas dejando un mal sabor de boca perenne. Si no hubiese sido por los lazos que le unían a la niña que acabaría pasando por el altar cogida de su mano, lo más probable era que Ángel Roca hubiese intentado unirse a las tropas republicanas junto a algunos guardias civiles y carabineros con las ideas claras. Por suerte o por desgracia, Margarita Fluxà le había atado al Régimen para el que trabajaba intentando ser un hombre justo y honrado, un lujo que no podía permitirse a menudo. Tener un modo de ganarse el pan en tiempos de escasez era primordial para no pasar por la indigencia o dejarse corromper. Si estaba vivo y podía continuar adelante después de tantos años de relativa paz, era gracias al amor que sentía como el vago destello de un sueño que ahora carecía de sentido para él.

Estaba tan absorto en sus diatribas existenciales y las evanescencias de aquel pasado enturbiado por la subjetividad de toda remembranza que no escuchó el portazo que dio su mujer al entrar en casa con una bolsa de naranjas. Una de las vecinas, una tal Massiana con aires de maruja vodevillesca por su salero, su generosidad y los comentarios despectivos que le dedicaba al Régimen en la intimidad, le regalaba fruta y verduras de vez en cuando. Massiana tenía un patio donde los árboles crecían ajenos a los estallidos del mundo y disfrutaba compartiendo los frutos dorados de la única familia que tenía, un pequeño jardín con huerto del que se aprovechaban muchos vecinos desconsiderados.

—¡Hola! —Margarita, que seguía siendo una mujer atractiva pese a los disgustos que arrastraba como una condena irredimible, se detuvo en mitad del pasillo y dirigió una mirada al dormitorio. No halló rastro de su marido, que últimamente dormía más de lo normal y, si tenía oportunidad, remoloneaba en la cama hasta el mediodía—. ¿Ángel, estás en casa?

Exasperada por el agudo timbre del teléfono, dejó caer la bolsa al suelo y se apresuró a contestar la llamada. Las naranjas salieron rodando por doquier, buscando los rincones de la planta baja como animalillos salvajes.

—¡Diga!

Había pasado al salón y agarrado el auricular con tanto nerviosismo que tardó unos segundos en enfocar al hombre que tan bien



conocía desde que tenía uso de razón. Ángel Roca estaba sentado de espaldas a ella, cabizbajo y quieto como un quimérico César que ha visto caer su imperio. Era un hombre adulto con buen físico, dotado de cierta elegancia y magnetismo, muy atrayente pese a su desastrado aspecto y los vidriosos ojos en los que podía adivinarse un pasado moderadamente feliz aplomado por los años y las frustraciones.

—¡Ya era hora! —bufó la voz grave y reconocible del comisario al otro lado de la línea—. ¡Margarita, necesito hablar con su esposo!

—Sí.

La mujer tragó saliva. A juzgar por el tono cortante del jefe de su marido, dedujo que algo iba mal.

—Un momento, por favor.

Estiró el brazo para rozar uno de los hombros del inspector y devolverlo al mundo real. Deseaba hablarle hacía días, puede que semanas, preguntarle por qué se comportaba así, con esa dejadez que mantenía su semblante sumido en una inexpresividad que la asustaba.

—Ángel, es el señor Puig —dijo, obedeciendo el tono imperativo del comisario—. Está muy alterado.

El inspector reaccionó, era como si hubiese estado intentando posponer aquel instante, los hechos que cambiarían su vida para siempre, y no pudiese evitar la explosión del polvorín.

No hizo falta que dijese nada, ya que, en cuanto apoyó el auricular en su oreja, la voz del comisario penetró en su cerebro como una saeta al rojo vivo.

—¡Deje lo que esté haciendo, Roca! El subinspector Moragues le recogerá en breve.

—¿Qué ha pasado?

—Han encontrado a una chiquilla destripada en El Molinar. Necesito que vaya allí y ponga orden antes de que cunda el pánico. Espero que no haya desayunado mucho.

La comunicación se cortó. Sin soltar el auricular, se dio la vuelta y miró a su mujer notando cómo un escalofrío le retorció la boca del estómago. De repente, después de intentarlo infructuosamente durante la mañana, había conseguido borrar de su mente rastros de

emociones e instantáneas pretéritas. Le habría gustado ponerse en pie, darle un beso en la boca a su esposa y decirle que la amaba con la promesa de que todo volvería a ser como antes, aunque lo único que se atrevió a hacer fue ir al cuarto de baño a afeitarse y darse una ducha sin mediar palabra.

El agua caliente ejerció sobre él un efecto relajante mientras el vapor cubría las paredes y convertía el lavabo en un espacio irreal. Levantó los ojos y admiró con laxa curiosidad cómo su figura se desdibujaba en el espejo cubierto de vaho. Si el inspector hubiese sabido a qué insólitos y crueles sucesos estaba destinado a enfrentarse en los próximos días, habría interpretado aquel reflejo borroso como un mal presagio.

Oyó tres golpes secos. Antes de que Margarita pudiera abrir la puerta, Ángel Roca saltó fuera de la ducha.

—¡Que esperen! —espetó dirigiéndose al dormitorio con la cintura envuelta en una toalla—. ¡Salgo enseguida!

Como había previsto el inspector, su compañero Gregorio Moragues esperaba al otro lado de la puerta con su habitual expresión somnolienta. Era un hombre de estatura media entrado en años, abundantes cabellos ensortijados enmarcando una cara redonda de facciones amables y barriga prominente bajo aquella sonrisa facilon con la que transmitía su alegre esencia.

—¡Buenos días, Margarita! —saludó con una suerte de reverencia—. ¿Qué tal estás?

—Bien, Gori. —Margarita no fue capaz de mirarle. Sus ojos parecían recubiertos por una fina y húmeda película de vidrio, estaba a punto de llorar. No quería darle una mala impresión al subinspector, y menos si se presentaba un caso importante que resolver. Gracias al sueldo de Ángel tenían una vida ideal y... «No», pensó Margarita, «el Cuerpo de Policía no va a salvar mi matrimonio».

—Te veo muy bien —el subinspector trató de disimular la tensión que contagiaba la envarada mujer—. Un día de estos podríamos quedar y tomar unos vinitos. Isabel me pregunta a veces por ti y...

—¿Ha pasado algo grave? El comisario está histérico.

Gregorio Moragues, Gori para sus allegados y aquellos compañeros de comisaría con los que tenía un trato amistoso, vaciló. Era

la primera vez que Margarita le hacía una pregunta sobre el trabajo que su marido y él mismo desempeñaban haciendo de tripas corazón, condenando sus principios cobardemente con el loable propósito de alimentar a sus familias y no darles más disgustos de los que se asumían haciendo camino durante una posguerra tan dura como la española. De cualquier forma, él se había adaptado al Régimen mejor que Ángel, que había marcado distancias con algunos policías de políticas marcadamente franquistas.

Adoptando una postura prudente, Gregorio borró la sonrisa que todos, aparte de los sospechosos que conducían a los calabozos de la Jefatura de Policía, conocían.

—No sé qué decirte —fue lo que dijo—. Al parecer han encontrado el cadáver de una pequeña en circunstancias... extrañas.

Pronunció aquella palabra después de una pausa, como si quisiera ocultar la realidad de su visita y necesitara suavizar el sentimiento de fatalidad que le habían contagiado en comisaría antes de salir disparado hacia la casa de su compañero.

—¿Extrañas? —de todos los posibles escenarios que habría podido figurarse una mujer como Margarita Fluxà, bondadosa y de irreprochable decencia, los hechos que habían puesto en conocimiento del subinspector Moragues habrían escapado de su entendimiento.

Moragues se encogió de hombros. Conocía bien a la esposa de su compañero y consideró que ninguna explicación habría sido lo bastante descriptiva o congruente para alguien que no ha mirado a la muerte a los ojos.

—¡Buenos días! —Roca salió de su casa como si le empujase un vendaval. Se había vestido con tantas prisas que aún seguía ajustándose las correas de la sobaquera con el arma en su funda—. ¡Vámonos!

Moragues levantó un brazo para mostrarle la palma de la mano a la mujer de su compañero. Era un adiós, pero también una disculpa, como si tuviera parte de responsabilidad en los dramas que se sucedían alrededor del planeta.

—Adiós, Margarita. Me alegro mucho de ver...

—¡Conduzco yo! —le interrumpió el inspector Roca abriendo la puerta del coche que su compañero había aparcado descuidada-

mente frente a la casita de una planta que había heredado de sus padres. Antes de dejarse caer en el interior del vehículo, frenó con un repentino sobresalto. «¿Qué estás haciendo, hombre?»

Margarita era el amor de su vida y nunca había dicho o hecho nada que pudiera perjudicarlo. Además, según los médicos ella no tenía la culpa de...

—Lo siento —volvió a su lado y se disculpó. Había cogido la mano de su esposa sin darse cuenta, la sujetaba con fuerza.

—No te preocupes —una lágrima descendió por la mejilla de la mujer—. Te quiero.

A él le habría gustado poder contestar, pero no fue capaz de hacerlo. Margarita permaneció quieta en la entrada de su casa mientras el inspector subía al vehículo y la abandonaba en el silencioso desierto de su hogar. Vio a través del espejo retrovisor cómo la única persona por la que no habría dudado en sacrificarse se empequeñecía con la distancia hasta desaparecer. Sentía una pena infinita.

Era domingo y había poco tráfico, así que los agentes no creyeron oportuno poner la sirena pese a las instrucciones que había recibido el subinspector Moragues.

—El comisario no ha querido darme ningún detalle —aclaró—. Solo me ha dicho que te recoja y vayamos a...

—Indícame la dirección exacta —le cortó el inspector Roca dejando claro que no tenía ganas de hablar.

Durante la Segunda República, debido a su pasado industrial y el marcado carácter obrero de la población, el barrio de El Molinar se había erigido como bastión del Partido Comunista. De los primeros moradores del lugar, que pululaban entre los molinos harineros de viento contruidos frente a la costa, a las famosas Rojas de El Molinar, aquellas mujeres comunistas que lucharon valientemente por sus ideas y a quienes Ángel Roca seguía admirando en secreto, las cosas habían cambiado palmariamente. Después de que el 5 de enero de 1937, cuando el inspector contaba con veintiséis años y creía ciegamente en la honradez y la voluntad como armas políticas infalibles, un franquista entrara en un cochambroso bar de la zona agitando los sujetadores manchados de sangre de Aurora Picornell,

una de las mujeres torturadas y fusiladas por el fascismo, las gentes del lugar habían cedido al terror reservándose sus opiniones.

Originariamente, en El Molinar convivían pescadores y palme-sanos que tenían allí su residencia de verano. A principios del siglo XX, habiendo sido inaugurada la primera fábrica de gas de la isla, los molinos habían comenzado a transformarse en viviendas, y el barrio había perdido una parte de su tradición marinera y de curti-dos. A pesar de que durante la década que acababa de comenzar, los revolucionarios años sesenta, su población empezaría a aumentar notoriamente con la llegada de trabajadores del sur de España y la construcción de viviendas plurifamiliares, por el momento seguía siendo un mísero conjunto de casuchas en expansión.

Roca asistía a los cambios de su tierra con una mezcla de hos-tilidad y melancolía, como si cada construcción reciente, cada peninsular o cada progreso en detrimento de las costumbres de sus ancestros, supusiese una deuda con su pasado y aquella adolescen-cia feliz que se proyectaba en su cerebro como una película muda en blanco y negro.

El inspector aparcó y, junto a su compañero, se dirigió hacia el gentío aventado por el espeluznante hallazgo que había hecho un pescador aquella luctuosa madrugada de agosto. Los inspectores se abrieron paso entre los curiosos y los efectivos policiales que los mantenían a raya tras el cordón policial para que no contaminaran la escena del crimen. La niña, que no debía tener más de diez años, estaba en una barquita sin más custodio que el tiempo y las cari-cias de la espuma de mar sobre unas rocas junto a la costa. Habían cubierto su cuerpo con un lienzo que la sangre había teñido y bajo la tela se perfilaban los bultos de los intestinos.

—Buenos días, inspectores —saludó uno de los agentes que vigi-laban el cadáver.

—De buenos poco —rezongó Moragues sin poder apartar la vista de los quebradizos pies que asomaban bajo el lienzo ensangrentado.

Roca levantó la sábana lo justo para comprobar el estado del cuerpo. Las tripas desparramadas sobre la madera carcomida parecían formar una inmensa flor de sangre que contrastaba dura-mente con la piel blanca. Aparte de destriparla, a la niña le habían

cortado las orejas y arrancado los ojos toscamente. De un modo inconsciente, observando fijamente las cuencas vacías y sin mover ni el músculo más diminuto de su rostro, pensó dolorosamente en la hija que deseaba con todo su corazón. Había soñado con ella tantas veces que podría haberla descrito como si la tuviese delante, desde los rasgos afilados hasta el color de sus cabellos o la forma de sus finos tobillos. En el nebuloso palacio de su mente, el inspector Roca la había llevado en brazos, cantado nanas y pasado largas noches en vela procurando apaciguar su llanto. Aquella niña muerta le recordaba al prototipo de hija que había diseñado en sus sueños.

A pesar de que el *rigor mortis* había empezado a extenderse tinto la tez con azules evanescentes, de las mutilaciones, la sangre y las moscas, la chiquilla no parecía muerta, sino dormida. Tenía gruesas marcas moradas en el cuello, posiblemente, dedujo el inspector, porque había sido estrangulada. El largo y ondeante pelo castaño rodeaba su cabecita como un halo vivo de sinuosas serpientes. Por alguna razón que no alcanzaba a entender, Roca recordó las reproducciones de algunos cuadros antiguos en los que la celebrísima gorgona conocida como Medusa aparecía vociferando después de ser decapitada por Perseo.

—Madre del amor hermoso —oyó que susurraba Moragues antes de inclinarse hacia adelante sin poder reprimir el vómito.

El inspector se agachó para estudiar el cuerpo de cerca pese al insoportable tufo de las vísceras expuestas al sol.

—¿Dónde están los de la científica? —preguntó seguidamente soltando el lienzo.

—¡Esos van a su aire! —dijo insolentemente uno de los policías uniformados.

Roca le dirigió una mirada severa que encogió al agente. Ruborizado, el chico agachó la cabeza.

—Como la niña está desnuda —dijo—, imagino que no habréis encontrado documentación junto al cuerpo.

—Nada —dijo el agente que no se había pronunciado hasta el momento viendo que su compañero prefería seguir callado.

—¿Algún testigo?